

Esto acontecia el 3 de abril, es decir, quince dias despues de la derrota de Cancharayada, tiempo empleado por los patriotas, como ya hemos visto, en rehacerse y proveerse de lo que necesitaban, y cuyo ejército estaba acampado desde el 2 en la hacienda del Espejo, y sitio llamado de las tres acequias. O'Higgins, á pesar de los padecimientos de su herida, no pudo resistir al deseo de tomar parte en una batalla, que debia decidir de la suerte de la patria, y que habia de darse siendo él el jefe del ejército. Mandó que marchase á las órdenes de don Joaquin Prieto la division de reserva de Santiago, compuesta de veteranos, milicianos y algunos inválidos; vió desfilar á los jóvenes alumnos de la escuela militar, que aunque apenas podian con el fusil, participaban del jeneral entusiasmo, y en seguida subió en un cabriolé para ir á ocupar su puesto en medio de sus valientes tropas. Al llegar al campamento, hizo que le montasen á caballo para acompañar al jeneral en jefe en la revista que pasó, y animar á los soldados con su presencia. Habia llegado el momento de obrar y de conocer los movimientos del enemigo. San Martin tenia dada orden al coronel Freire de que avanzase hasta la calera con un escuadron de cazadores á caballo, y este coronel, con su impetuosidad acostumbrada, no dejó descansar al enemigo ni de dia ni de noche, hasta que el 5 por la mañana faltándole municiones, regresó con sus tiradores al cam-

pamento para informar al jeneral del resultado de su comision.

Inmediatamente partió el teniente coronel don José Melian á continuar la observacion con el segundo escuadron de granaderos de caballería, llevando orden de provocar al enemigo con guerrillas de tiradores para detener su marcha, y dar parte al jeneral cada cinco minutos de cuanto pasase y pudiera observar. A una media legua de distancia, vió Melian jente en una pequeña altura, y habiendo enviado á reconocerla, resultó que eran granaderos á caballo pertenecientes á la vanguardia. Sin enterarse de su número, les cargó Melian, y á la mitad del cerro fué recibido con una descarga de metralla de dos obuses, correspondientes á una batería de cuatro cañones que el enemigo tenia situada en aquel punto, protegida por una columna de infantería y sobre cincuenta caballos. La descarga hizo retroceder á los patriotas, quienes en su retirada se encontraron mezclados con los lanceros realistas, lo cual dió lugar á una pequeña escaramuza, en que tuvieron los segundos diez y seis muertos y solo tres los primeros con nueve heridos.

Al ruido del cañon, el jeneral Balcarce marchó inmediatamente en auxilio de los granaderos, con cuatro piezas de artillería, mandadas por el sarjento mayor Borgoño. Llegó cuando aquellos iban en retirada, y no restándole nada que hacer, envió á Melian á que ocupase una pequeña altura que habia cerca y se volvió con San Martin. Conociendo este que lo que Ossorio queria era volver su ala derecha para amenazar la capital y Valparaiso y cortarle toda comunicacion y toda retirada, ordenó al punto un cambio de direccion sobre la derecha

con objeto tener en frente al enemigo y atacarle en seguida.

La infantería se puso toda á las órdenes del brigadier Balcarce, mandando Las Heras la derecha, la izquierda Alvarado y la reserva Quintana. La caballería de la derecha, compuesta de granaderos, la mandaba don Matías Zapiola, y la de la izquierda, que la formaban los escuadrones de la escolta y los cazadores de los Andes, el intrépido Freire. La artillería quedó dividida en dos brigadas principales, la de Borgoño protegida por la division Alvarado, y la de Blanco por la de Las Heras.

Tal fué la distribucion que se hizo del ejército patriota para una lucha que amenazaba ser formidable, porque los chilenos estaban sedientos de venganza y los españoles envalentonados con su último triunfo. Despues de algunas descargas de cañon de la batería Blanco, que tomó una parte tan brillante en aquella batalla, los batallones marcharon sobre el enemigo en columna cerrada y arma al brazo, sin detenerse ni contestar al fuego mortífero que les hacian. Los escuadrones de granaderos de Zapiola que los protegian, fueron cargados por la caballería realista; pero como tropa escojida que era, resistieron con firmeza el choque, y en seguida persiguieron á su vez á los que les habian atacado, hasta un pequeño cerro, en que los metrallaron horriblemente la infantería y artillería enemigas. Obligados á retroceder en algun desórden, se detuvieron el tiempo absolutamente preciso para rehacerse, y reforzados con la segunda compañía de Melian, que marchó á la carrera á reunirseles, volvieron á tomar la ofensiva, cargaron á la caballería enemiga con un ímpetu heróico, la arrollaron y la dispersaron en completo desórden.

La infantería durante esta lucha se batió con las mejores tropas mandadas por el intrépido Ordoñez y protegidas por una columna de caballería. Borgoño, que acababa de llegar á la pequeña altura ocupada por el enemigo, viéndose en excelente posición para metrallarlo, lo hizo con tal acierto, que dispersó toda la caballería; pero como la carga de los soldados de Ordoñez, reforzados con el famoso batallón de Burgos y el de Arequipa, fué tan impetuosa y tan bien sostenida, la línea patriota cedió un poco, y el batallón de los infantes ó n° 8, engañado por un cerrito, llegó á quemar ropa sobre el enemigo y recibiendo una descarga muy viva que le hizo perder la mitad de su jente, estuvo un momento derrotado. San Martín, que lo apercibió, envió inmediatamente la reserva de Quintana, compuesta de los batallones 1 y 3 de Chile y 7 de los Andes, mandados por Rivera, Lopez, Conde y el comandante Thomson. Estas tropas, que avanzaron á todo escape para sostener la línea, reanimar con su presencia á los soldados é inspirarles nuevos bríos, cargaron con un ímpetu tan extraordinario que cortaron en dos el batallón de Burgos, y cayendo sobre el de Arequipa que estaba en la retaguardia, le batieron y dispersaron completamente. Desde aquel momento todo fué ya confusión y desorden en el campo realista. El jeneral en jefe, derribado del caballo por una bala de cañón de los artilleros de Blanco que cayó á su lado, no hizo mas que volver á montar y emprender la fuga, seguido de unos cuantos oficiales y de algunos soldados de caballería, que pudieron escapar en este gran drama. De los soldados de infantería, unos, como los del batallón de Arequipa, se rindieron haciendo protestas de patriotismo, otros, no pudiendo evitar la persecución, se apoderaron

de las casas de la hacienda, donde ya se habian salvado los restos del batallon de Burgos, y en ellas, como los romanos en el Monte Sacro, dándoles brios la desesperacion, sostuvieron por espacio de algunas horas con tanta honra como denuedo, un segundo combate casi tan empuñado y tan sangriento como el primero. El batallon número 1 de Coquimbo cometió la imprudencia de adelantarse á un callejon que conducia á un patio, donde los realistas habian colocado los dos cañones que les quedaban, y perdió inútilmente muchos soldados por el fuego mortífero que le hicieron. Fué una falta atacar de frente y en sitio estrecho á tropas ya vencidas que en su desesperacion estaban furiosas, y cuya resistencia ni podia ser larga ni dar cuidado alguno. En efecto, envueltos por todos lados, próximos á faltarles todo, no tardaron en rendirse estos cortos restos así como sus nobles jefes Primo Rivera, Latorre y el intrépido Ordoñez, digno sin duda de mejor fortuna, quien, lleno de noble cólera, prefirió romper su espada á entregarla. Igual suerte cupo á los numerosos fujitivos, á quienes los guasos persiguieron en todas direcciones; por manera que un ejército brillante, compuesto de muchos y escogidos batallones, que habian resistido con bizarría los impetuosos ataques de los franceses en España, se vió completamente deshecho en pocas horas, quedando en poder de los patriotas todo su material, armas, cañones y bagaje.